

§ II.—La triple alianza.

Luis XIV publicó un libro, *Los derechos de la reina*, para justificar la invasión de la Bélgica. El barón de Isola, del Franco-Condado, respondió por el rey de España en su *Escudo de Estado y de Justicia contra el designio manifestamente descubierto de la monarquía universal, bajo el vano pretexto de la reina de Francia* (1). «Se trata, dice, de contener un rápido torrente, cuya impetuosidad no son diques bastante fuertes la paz, los casamientos, los juramentos, la sangre, el parentesco, la amistad. Se trata de defender la fe pública de los tratados contra las argucias, y de evitar un ejemplo escandaloso que, por sus funestas consecuencias, expondría á los más débiles al capricho de los poderosos, y haría de la fuerza el árbitro único de todas las cuestiones. Se trata de sostener el derecho de gentes y de impedir que se introduzcan máximas en las monarquías que destruirían todo el comercio de los hombres y harían la sociedad humana tan peligrosa como la de los leones y los tigres.» Es una verdadera voz de alarma. Pero ¿cómo contener aquel poder que amenaza desbordarse por la Europa? El autor hace un llamamiento al interés de los príncipes, para unirlos contra el enemigo común: «Se trata de defender el baluarte común contra un vasto plan que no tiene más causa que la avidez de las conquistas; más fin que la dominación, más medios que las armas y la intriga, más límites que los que le señala la fortuna. Se trata de la suerte de la Europa; los príncipes pronunciarán la sentencia de su libertad ó de su esclavitud.»

Tales eran las apremiantes instancias de la España. Es evidente, como dice su publicista, que su causa era la de la Europa. Sin embargo, su llamamiento no fué escuchado. Si la inacción de los príncipes no hubiera sido más que efecto de la debilidad ó de una ciega indiferencia, podría excusárselos, aunque condenando

(1) Brusélas, 1668.

su egoísmo; pero había además otros móviles mucho más culpables que impidieron su coalición. Es preciso descubrirlos y condenarlos sin contemplaciones, á fin de que aparezca evidente que el poder real absoluto no garantiza ni siquiera la independencia de las naciones.

Empecemos por el emperador. Seguía llamándose jefe temporal de la cristiandad; á él, pues, más que á otro alguno, tocaba tomar la defensa de la Europa, aún cuando no fuese más que por interés personal; porque si no ponía coto á la marcha del rey de Francia, sus magníficas pretensiones se convertían en una burla. ¿No era además el representante de la casa de Austria, y no debía, como tal, tomar la defensa de la España? No faltaron consejos y provocaciones para atraerle al camino de la resistencia; se le echaba en cara su inacción, cuando todos los príncipes acusaban la ambición de Luis XIV; se le excitaba á tomar una resolución vigorosa; se apelaba á su honor y á su interés (1). ¿Por qué permaneció sordo á tan vivas instancias? El emperador estaba en negociaciones con Luis XIV sobre el reparto de la monarquía española; aquel interés personal le tocaba mucho más de cerca que la libertad de Europa. Sus ministros confesaban casi que eran ministros del rey de Francia. Sin embargo, Leopoldo conocía la ignominia de su posición; hubiera querido intervenir en favor de la España, pero no se atrevía. ¿Qué digo? ¿No se atrevía ni á reunir tropas! Parece increíble. Es preciso leer la impertinente carta que Luis XIV hizo escribir á su embajador en Viena por de Lionne: «El rey dice que sois el ministro más atrevido de la tierra (y en esto S. M. os dispensa el mayor elogio que pudierais desear) por el propósito que se os ha metido en la cabeza de impedir por medio de persuasiones y amenazas que un emperador, sucesor de todos los Césares, se atreva á aumentar sus tropas» (2).

Quando el jefe del imperio hacía traición á la Alemania ¿qué podía esperarse de los pequeños príncipes alemanes, que apenas sabían que tenían una patria que defender? En vano el rey de España recordó en la dieta de Ratisbona que los Países Bajos esta-

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. III, p. 411; t. II, p. 157.(2) IDEM, *ibid.*, t. II, p. 248. C. p. 40.

ban comprendidos en el círculo de la Borgoña: « Como miembro del imperio, habia concurrido á la guerra contra el Turco; por consiguiente, el imperio estaba obligado á defender á dichos países contra los atentados del rey cristianísimo » (1). La dieta se negó á intervenir. No la harémos el honor de discutir sus motivos; los archivos secretos de Luis XIV, publicados en nuestros dias, han revelado las verdaderas razones de la inaccion de los príncipes de Alemania. Aquellos cuyos Estados confinaban con el Rhin, se habian obligado por medio de alianzas secretas y *pagadas*, á guardar los pasos y á no permitir que las tropas pasasen del Austria á los Países Bajos. Esto en lenguaje vulgar se llama venderse al enemigo. Hubo príncipes que llevaron su celo por Luis XIV hasta el punto de proponerle ocupar sus fortalezas! (2). Los historiadores alemanes, avergonzados del papel que han desempeñado sus miserables príncipes, se consuelan elogiando á uno de ellos, por constituir una honrosa excepcion en medio del envilecimiento general. Segun ellos, el gran elector fué un tipo de patriotismo. ¡Y, sin embargo, es bien poca cosa el elector de Brandeburgo! Es verdad que empezó por entablar negociaciones con la España; su ministro habia firmado ya un tratado. Pero de repente el rey de Francia le hace proposiciones más ventajosas. ¿Las rechazó el patriota alemán? ¡Lo que rechazó fué ratificar el tratado celebrado con España! (3).

Estaban tan directamente interesadas las Provincias Unidas en tener á Luis XIV alejado de sus fronteras, que no debe extrañarnos que el pensamiento de una coalicion naciese en Holanda al mismo tiempo que en España. De Witt escribe en 1667 que solamente una liga poderosa era capaz de contener al rey de Francia y obligarle á apartarse de los Países Bajos; pero no sabía donde buscar apoyo (4). La mayor parte de los príncipes alemanes estaban vendidos á Luis XIV; la Suecia no queria declararse y la Inglaterra estaba en manos del más despreciable de los príncipes.

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. II, p. 259.

(2) IDEM, *ibid.*, t. II, p. 22 y sig.—COXE, *Historia de la casa de Austria*, t. III, p. 513.

(3) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staats*, t. II, p. 287, 293.

(4) DE WITT, *Brieven*, t. IV, p. 562, 581 y 588.

Sin embargo, de Inglaterra partió el primer movimiento que dió por resultado la triple alianza. El caballero Temple tomó la iniciativa de este proyecto. Sostuvo, ántes que el rey Guillermo, la política que desde entónces ha llegado á ser como un artículo de fe para la nacion inglesa: « No conviene á los intereses de Inglaterra, dice, ni á los de la Europa en general, consentir que la Francia se apodere de los Países Bajos. Si Luis XIV fuera dueño de Flándes, la Holanda se convertiria en una provincia marítima de la Francia y los electorados del Rhin quedarian amenazados » (1). Los tempores de Temple tenian gran fundamento; lo que la Francia llama sus fronteras naturales es un peligro para la libertad de la Europa. De aquí la triple alianza.

¿Cómo es que Carlos II, despues de haber prometido á Luis XIV su neutralidad, se decidió á entrar en una liga contra él? Los ministros de Carlos II participaban, al parecer, de las ideas de Temple: « En otro tiempo, decian, la Francia ha excitado á los Estados de la Europa á unirse para humillar á la casa de Austria, porque aspiraba á la monarquía universal; hoy puede temerse lo mismo de la ambicion francesa. » Confesaban que los Ingleses tenian furiosa envidia del poder de Luis XIV; ya consideraban perdidas las diez y siete provincias belgas, y despues de esto la ruina de la Inglaterra les parecia infalible. Hé aquí unas máximas muy prudentes; y no se concibe por qué el gobierno, obedeciendo á sus legítimos temores, no se puso desde un principio á la cabeza de una coalicion para conjurar el mal que temia. Si hubiera tenido conciencia del derecho de las naciones, no hubiera podido vacilar. Pero el interes es más acomodaticio. El duque de Buckingham aseguró al embajador de Francia, que si Luis XIV no lo queria todo para sí, si concedia participacion á la Inglaterra, habria medios de modificar la opinion pública. Era difícil entenderse en este terreno, porque Luis XIV lo queria todo. Entónces el ministerio inglés adoptó las ideas de Temple; ya veremos si fué en serio. Temple propuso á De Witt una liga ofensiva y defensiva de la Inglaterra y de las Provincias Unidas. Los estados generales no querian más que una liga puramente defensiva. La alian-

(1) TEMPLE, *Cartas*, t. I, p. 151, 187.

za á que Suecia accedió, fué defensiva en los términos y ofensiva en el fondo (1).

La triple alianza no fué más que un gérmen de coalicion. Fué extremadamente reservada en las medidas que adoptó para contener las conquistas de Luis XIV. Conociendo las pretensiones del rey de Francia, se obligó á hacer que la España las aceptase. Solamente en el caso en que el rey de Francia quisiese proseguir sus invasiones, debian armarse los aliados para combatirle. Los aliados concedian, pues, á Luis XIV lo que deseaba. Sin embargo, habia una amenaza en su liga; le imponian lo que queria. Si el jóven conquistador se detuvo ante aquella amenaza, no fué ni por amor á la paz, ni por temor de ver la Europa coaligada contra él. Acababa de celebrar con el emperador un tratado de reparto de la monarquía española, que le asignaba la totalidad de los Países Bajos. ¿Por qué se habia de obstinar en conquistar algunos retazos de un país que le habia de tocar por completo en el reparto?

§ III. — La primera coalicion.

I.

Apénas Luis XIV habia firmado la paz de Aix-la-Chapelle, pensó en invadir la Holanda para castigarla por haber formado la triple alianza. Si la Suecia y la Inglaterra hubieran tenido el sentimiento del deber, si hubieran comprendido nada más que sus verdaderos intereses, hubieran debido, sin vacilar, abrazar el partido de su aliado contra la más injustificable de las agresiones. Era una obligacion que les imponia, si no la letra, al ménos el espíritu del tratado. Pero en lugar de seguir unidos á los estados generales, la Suecia y la Inglaterra se hicieron cómplices de las piraterías de Luis XIV. No hay prueba más evidente de la ineficacia de la política que se ha designado con el pomposo nombre de sistema del equilibrio. ¿Qué fué de aquellas máximas sobre el peligro de una monarquía universal y sobre la necesidad de unirse

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. II, p. 513, 516, 547, 554.

contra el enemigo comun? Cedieron ante un interes de dinero. Diríase que la Suecia y la Inglaterra no se habian unido un momento contra Luis XIV más que para vender más cara su desercion.

Nada más interesante que las negociaciones de Luis XIV con la Suecia. La aristocracia sueca no se olvidó de invocar las máximas del equilibrio: «Era necesario contraer con la casa de Austria y contra la Francia los mismos compromisos que en otro tiempo se habian contraido con la Francia contra la casa de Austria, porque habiéndose originado estas alianzas por los vastos proyectos de la última, era necesario, para equilibrar ambas potencias, volverlas contra la Francia, hoy que no parecen menores sus planes y sus fuerzas.» No hubiese dicho más Temple. Pero el Senado de Suecia tenía ademas otra razon para seguir fiel á la alianza holandesa; el gran canciller lo confesó con toda ingenuidad al embajador de Francia; la triple alianza pagaba á la Suecia un subsidio de 500.000 escudos; la Francia no le ofrecia más que 300.000, lo cual daba una diferencia exacta de 200.000 escudos. El argumento era irresistible. Con esto sabía Luis XIV el precio exacto de la alianza sueca, no faltaba más que discutir la cifra. Una circunstancia vino en apoyo del rey de Francia. La España tenía que pagar el subsidio estipulado por la triple alianza, y los españoles eran malos pagadores. Este era un paso hácia la alianza francesa.

Cuando llegó el momento de fijar la cifra de los subsidios hubo sus dificultades. Por más rico que fuese, Luis XIV sabía regatear, y con razon; ¡tenía que pagar á tantos príncipes! El Senado desplegó un arte infinito en ocultar su codicia bajo las apariencias de un celo desinteresado por la grandeza del jóven rey; encargó al embajador frances que hiciese presente á su soberano «el deseo de la Suecia de unirse á sus intereses más fuertemente que nunca, aunque en una ocasion en que no tenía por sí cuestion alguna, y que solamente la imposibilidad de sostener la defensa de semejante compromiso la obligaba á pedirle los medios necesarios.» No hemos llegado al final de esta escena de comedia. Los Holandeses tenían mucho más interes que Luis XIV en arrastrar á la Suecia á su alianza; tambien ellos ofrecieron dinero. Tenemos, pues, á la Suecia en subasta. ¿Quién triunfará, el rey de Francia ó los ricos